

Después de estos dos años de trabajo junto a Christiane Alberti, he podido aprender muy de cerca lo que implica presidir la AMP: una tarea sin descanso, sostenida por un deseo cuya única medida es su afecto constante por el psicoanálisis, por la Escuela y por la Asociación Mundial.

La hemos visto viajar incansablemente, encontrarse con colegas en todos los lugares, dedicar tiempo —todo el tiempo necesario— a los jóvenes auténticamente interesados por el psicoanálisis. He podido seguir su recorrido, aunque su velocidad y su decidido instinto hacían que, a veces, saliera de nuestro campo visual para encontrarse ya, inmediatamente, en otro frente de trabajo.

La hemos visto también ampliar su propia lengua para alojar la del Otro, con esa modestia decidida que la caracteriza.

Sabemos cuánto le debe la AMP a sus cuatro años de dirección. Christiane se ha entregado con una dedicación ejemplar a la preparación y realización de las homologaciones de nuevos miembros, facilitando el trabajo de los Consejos y poniendo en acto, como sabemos, la Nueva Política de Juventud. El pase se ha visto fortalecido por sus propuestas; el trabajo de Escuela, relanzado por su orientación; y la acción lacaniana, interrogada y renovada a partir de una pregunta crucial: cómo concebir hoy su articulación con el trabajo de Escuela. Sin duda, la Garantía ha podido renovarse gracias a sus ideas claras.

El Consejo saliente de la AMP ha acompañado en sus reuniones las iniciativas de Christiane con el deseo de trabajo que ella consigue suscitar.

Hoy, al comenzar este nuevo tiempo, quiero ante todo agradecerle ese trabajo inmenso, esa entrega sin reservas y ese estilo singular que deja su marca en la historia de la AMP. Y la amistad que ha crecido entre nosotros.

Queridas colegas, queridos colegas:

Nos encontramos en un punto de final que abre a un nuevo comienzo. Es lo que llamamos un acto: el de la permutación del Consejo, que incluye a su Bureau y a su Presidencia.

El nuevo Consejo tendrá mucho que intercambiar, entre sí y con las Escuelas reunidas por la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Ese intercambio no es solamente organizativo. Es un intercambio que compromete la orientación misma de las Escuelas, para hacer avanzar el discurso analítico, profundizar sobre los finales de análisis y la cuestión de la garantía, y por supuesto captar la íntima relación que esto tiene con el discurso de la época. La AMP está llamada a leer la época y a responder, desde su orientación, a lo que en ella insiste como síntoma.

Seguiremos desarrollando la nueva política que ha rejuvenecido a las Escuelas. Esa es una tarea que no admite vacilaciones. Los jóvenes han encontrado nuevamente un lugar mientras que los más experimentados han respondido a un llamado que los despierta y los confronta al trabajo con energías creativas. Ese movimiento no es menor. Indica que, cuando se produce un movimiento de esta magnitud, el deseo se relanza. Y ese relanzamiento no solo concierne a quienes llegan a las Escuelas, sino también a quienes están en ellas desde hace tiempo. Lo mismo podría decirse con respecto a la apuesta por el pase y a las consecuencias que ya se vislumbran por las modificaciones introducidas en sus reglamentos.

La importancia de estas transformaciones nos impone una posición precisa: sostener una atención sostenida. Esta no es una consigna, sino una orientación: reflexionar sobre cada uno de los puntos que nos conciernen, relevar datos, promover intercambios y, cuando es necesario, actuar de la mejor manera.

Tenemos un Consejo despierto y eso implica un Consejo dispuesto. Me apoyaré como Presidente en ese Consejo despierto, que es aquel que no se deja capturar por la inercia institucional ni por la urgencia del momento, sino que sabe sostener un tiempo propio, un tiempo de elaboración, que permite hacer funcionar esta

enorme arquitectura que es la AMP y propiciar los cambios que la oportunidad requiere.

Presidir la AMP no consistirá para mí en administrar una herencia, sino en sostener una orientación: hacer que la Asociación Mundial continúe siendo el lugar donde la experiencia analítica, la formación de Escuela y la acción lacaniana encuentren una articulación viva frente a los impasses de nuestro tiempo.

No puedo dejar de recordar un hecho para todos fundamental, para mí cargado de emoción y de sorpresa: el 3 de enero de 1992, cuando, tras la fundación de la cuarta Escuela del Campo Freudiano, Jacques-Alain Miller anunció su propósito de crear una institución en la que los miembros de distintas Escuelas, distribuidas en diferentes geografías y lenguas, pudieran formar parte de una misma Asociación: Mundial, y no simplemente Internacional.

No era nuevo hablar de la reconquista del campo freudiano como nuestro horizonte. Ya Jacques Lacan supo decirlo al fundar la École Freudienne de Paris en 1964. Una reconquista que nos distingue de la IPA desde los orígenes no por oposición imaginaria, sino por una diferencia de principios. Esa diferencia no es secundaria. Toca el modo mismo en que se concibe el saber analítico, su transmisión y su verificación.

La IPA se había arrogado una representación totalizante del psicoanálisis, desmentida por Lacan cuando fue eyectado no solo por su práctica desregulada de los standards, sino por su concepción genuina de que en el psicoanálisis no se puede diferenciar lo terapéutico y lo didáctico. Ese punto sigue siendo decisivo hoy. Allí se juega una concepción del psicoanálisis que no admite escisiones sin perder su núcleo.

El retorno a Freud que Lacan propuso nunca fue una repetición literal. No se trató de reproducir fórmulas ni de convertir la enseñanza en un saber ritualizado.

Nuestro retorno golpea a cada uno con el vacío central que Freud instauró, y eso

no deja indemne a quien practica el psicoanálisis. Ese vacío no es teórico. Es lo que se encuentra en la experiencia misma. Y es también lo que retorna cuando una institución tiende a asegurarse. La AMP se ha sostenido desde entonces no solo por sus principios, sino por una orientación capaz de mantener en acto esa operación y que no cesa.

Me concierne captar que esa operación es indisociable de la creación de la AMP: una repetición con otros medios, porque apuntó a producir nuevamente lo que Freud tuvo de escandaloso y que la sociedad analítica que él mismo creó intentó eliminar en un sistema homeostático.

El discurso amo actual no se lleva muy bien con el deseo, que desde Freud ha sido siempre subversivo. Cuando Lacan se comparó con Sócrates, y a éste lo ubicó del lado del analista, fue para señalar su lugar agalmático en el sentido de colocar el vacío en el centro del saber. La otra voz de Lacan se hacía oír en la IPA, no la amistosa, no la que demandaba su inclusión en las listas, sino aquella que no dejaba de remarcar la posición sintomática de la ilusión del saber totalizante.

El empuje al goce de la actualidad tiene en definitiva la estructura del superyó que aplasta el deseo. ¿Será posible que, en alguna circunstancia, la Asociación Mundial y la Internacional deban emprender alguna lucha en conjunto para repeler ataques dirigidos al psicoanálisis? No es seguro. Pero tampoco conviene excluir, de antemano, la posibilidad de ciertas convergencias inesperadas cuando lo que esté en juego sea la existencia misma del psicoanálisis.

Me inspiro en las consecuencias que ha dejado en mí una práctica de Escuela cuya orientación seguimos verificando, con el esfuerzo por reinsertar la poesía vía el análisis en un mundo en donde la utilidad directa y la promesa del algoritmo terapéutico de la Inteligencia Artificial quieren reemplazar a toda la riqueza que la

lalengua nos abre. Eso está presente tanto en las sesiones de análisis como en las incursiones puntuales que realizamos en las sociedades en donde practican los analistas de la AMP. Esa referencia no es ornamental. Indica un modo de acción, un modo de decir que no se deja reducir a la utilidad inmediata.

Abramos un pequeño paréntesis para captar cómo los ordenadores o computadoras nacidas en 1940 desarrollaron nuevas capacidades siempre en el ámbito de tomar decisiones por sí mismas y generar nuevas ideas, como realizamos nosotros en nuestros congresos. Nos ayudan todo el tiempo, las precisamos para ampliar nuestra vida a quienes se encuentran a distancia.

Tal como ha planteado Yuval Noah Harari en su libro *Nexus*, las decisiones que toman no las hacen a partir de la subjetividad sino de lo que se llaman sus algoritmos. Es muy impactante captar cómo los algoritmos toman el poder para decidir y en su tarea asignada pueden provocar ideas e identidades falsas, generar nuevas realidades. ¿En qué consisten? En producir afectos enormes como odio, indignación, o también grandes amores para influir en las personas y lograr el objetivo planteado; quizás el más importante, crear mayor adicción a las redes para provocar un consumo casi permanente. Ya hemos visto los primeros procesos judiciales frente a esto.

Según Fernando Peirone ¹, el algoritmo funciona como un actor “no-humano” que es retaceado a la consciencia racional sobre la base de opacidades, pero que al mismo tiempo participa activa y efectivamente tanto en la orientación de los gustos y deseos personales como en el orden social y en la nueva cultura laboral. Por eso, a pesar de su inasibilidad, los algoritmos se convirtieron también en un padecimiento general y en una referencia cotidiana. De hecho, quien más quien menos, sabe que convive con los algoritmos. Y quienes quieren profundizar en su lógica advierten que realizan intervenciones personalizadas para extraer información sensible de manera quirúrgica, que operan como una caja negra, tienen propósitos claros y buscan manipularnos sin nuestro consentimiento.

¹ Peirone Fernando- *Las juventudes y los algoritmos* - en *Revista Bordes UNPAZ* -

Los jóvenes *Centennials*, los nativos digitales, ya están advertidos de eso pero se encuentran viviendo en un mundo sin tiempo. Tal como lo dice Peirone, se relacionan con una realidad fragmentada en la que manda la dinámica de los *reels*, las *stories* y el *scrollleo*, donde el tiempo ya no es una referencia organizadora porque no tienen pasado ni futuro; más bien una referencia retaceada. El Consejo deberá decidir cómo involucrarse en este nuevo tiempo del mundo.

En nuestro campo, cada Escuela está advertida sobre la lucha en la que le toca actuar para defender nuestra práctica, tal como la ECF lo ha demostrado en diversas oportunidades. Sabe que cuenta con el apoyo de las otras, más o menos apartadas geográficamente. Esa solidaridad no es un ideal. Es una práctica que se verifica en el momento oportuno. La topología de la AMP acerca lo lejano, hace externo lo más íntimo y a la vez achica fronteras lingüísticas, cuenta con una orientación. Subvierte la métrica de lo próximo y lo lejano, sustituyéndola por esa topología. Fue original y demostrativo de su fuerza impulsora que en cierta época llamamos “el país del psicoanálisis”. Es cierto, un país que tiene nombres propios, pero que no se deja reducir a ellos.

Nos preparamos con lo que tenemos. En la reunión de febrero de este año, a propuesta de Christiane Alberti el Consejo de la AMP acordó en forma unánime la creación de una instancia de Corresponsales, función que concierne a los países que no están designados en tanto tales en la vertiente institucional de la AMP. Considero esencial esta nueva instancia, a la que le prestaremos nuestra atención, en tanto nos dará las informaciones y sugerencias necesarias para atender y decidir sobre posibles luchas que debemos emprender para resistir los embates antipsicoanalíticos. Es parte de nuestro ADN estar atentos, prepararnos para emprender lo necesario para defender tanto al psicoanálisis como a los psicoanalistas que se vean atacados como tales. La reconquista del campo freudiano también implica una atención permanente y una vigilancia eficaz para reaccionar del modo más conveniente ante esos ataques.

De la última reunión del Consejo de la AMP he obtenido preciosas preguntas sobre un punto decisivo: de qué maneras ser hoy el reverso del amo de la época actual. Podemos situarlo, al menos, en tres perspectivas:

Desde el poder político, cuando se pretende decirnos quién es psicoanalista y quién no.

Desde el poder religioso, cuando ciertas formas contemporáneas de creencia aspiran a ocupar el lugar mismo de respuesta al malestar.

Desde el poder técnico, cuando la Inteligencia Artificial intenta hacer semblante de analista.

La Escuela, y por ende la AMP, tal como ha sido formalizada, no es simplemente una institución. Es la tentativa, siempre en tensión, de extender el principio de la interpretación a una formación colectiva. Pero la interpretación, lo sabemos, no unifica. Tiene un efecto preciso: desagrega. Separa al sujeto del significante que lo determina.

Y desde esa perspectiva tenemos a Freud y a Lacan; los leemos, los estudiamos y, fundamentalmente, tratamos de descifrarlos, quizás como hacemos con los sueños, buscando asociaciones en sus textos, en sus intervenciones, en lo que nos cuentan aquellos que los han conocido en forma personal. Y si a veces amenazan con transformarse en mitos, nuestra tarea sigue siendo buscar allí una verdad, no una idealización. La institución que cada uno ha creado lo demuestra: el deseo de Freud en la IPA, el de Lacan en la Escuela.

Nos surge entonces una pregunta casi necesaria: ¿cómo ampliar la causa analítica a otros lugares, a otras culturas? ¿Creemos realizable la extensión del psicoanálisis hoy en Oriente, en China, en Japón, en la India, por ejemplo? La apertura hacia otros horizontes es una labor que no puede pensarse como una simple extensión geográfica. No se trata simplemente de llevar el psicoanálisis a otros territorios. Se trata de otra cosa: verificar si lo que sostenemos resiste fuera de sus condiciones de origen. O, más precisamente, cómo la orientación lacaniana puede sostenerse en otras lenguas, en otras tradiciones, en otros modos de lazo. Ahí no solo se pone a prueba la transmisión. Se pone a prueba la Escuela misma. Porque no salimos iguales de ese encuentro.

Entonces la pregunta no es nueva, pero sigue siendo actual: ¿cómo sostener una comunidad fundada en un principio que, por estructura, desarma toda consistencia? No hay aquí solución ideal.

Si convenimos que la Escuela de Lacan es sujeto de la interpretación, la teoría de Turín lo demuestra, la cuestión se desplaza: ¿quién interpreta la Escuela? ¿Dónde se interpreta? ¿Cómo se interpreta? ¿Cómo se habla sin pedir, aunque se trate de pedir una respuesta por lo que alguien quiere? La respuesta que nuestra experiencia ha construido no es centralizada. No hay un lugar único. No hay Otro de la Escuela.

La interpretación de las Escuelas se juega en sus efectos, en sus desplazamientos, en sus crisis, en sus invenciones, porque en la experiencia analítica hay una clara relación entre querer algo y al mismo tiempo no saber qué se quiere. No hay deseo sin relación al no saber. Y es en ese punto que la Escuela, para sostenerse, ha debido multiplicarse.

Lacan buscó descifrar a Freud, buscó otro significado a la letra de Freud; o sea que produjo un cierto des-ser de las significaciones de Freud. Las siete Escuelas que hoy componen la AMP no son el resultado de una expansión administrativa ni el despliegue de un modelo. Son, cada una, la respuesta a un punto de imposibilidad. Cada una ha surgido allí donde un real emergió, algo que no funcionaba. Si las tomáramos una por una, no encontraríamos una serie homogénea, sino una lógica, porque no hay modelo de Escuela, hay actos de Escuela. Cada fundación ha sido una lectura situada, una decisión que no podía deducirse de un saber previo.

Eso es lo que conviene subrayar: una Escuela no se funda cuando se resuelve un problema, sino cuando se logra hacer existir una orientación allí donde había un real sin forma. Cada Escuela, entonces, no es un capítulo de una expansión, sino un punto de verificación.

Voy a concluir.

Las Escuelas no se sostienen sin transferencia y sin alguna tensión. Freud nos enseñó que toda comunidad está atravesada por Eros y Thánatos. No se trata de elegir entre ellos, sino de saber hacer con su mezcla.

No hay Escuela sin esa tensión entre lo que liga y lo que desagrega, entre lo que organiza y lo que insiste como resto.

Nuestra responsabilidad no es resolver esa tensión, sino sostenerla sin denegarla. Estar atentos, sostener la interpretación, no ceder ante la tentación de cerrar lo que por estructura permanece abierto.

Es en ese punto —y solo en ese punto— donde la AMP puede sostener su fuerza y su carácter de Asociación Mundial viva.

Y allí estaremos.!!!

Ricardo Seldes

3 de mayo de 2026